

LA ILUSTRACION NACIONAL

MADRID

FUNDADOR

AÑO XXI.—NÚM. 18

ADMINISTRACIÓN: ECHEGARAY, 34

D. Arturo Zancada y Conchillos

DIRECTOR: D. RICARDO VINUESA

14 DE JULIO DE 1900



ALEGORÍA DEL MES DE JULIO

SUMARIO

Grabados.—Alegoría del mes de Julio.—Playa de San Sebastián.—Falstaff y las alegres comadres de Windsor.—Después de la refriega.—Marte y Venus.—Los cafés en Turquía: Una camarera.

Texto.—Crónica, por Juan de España.—Los Monarcas, por Ramiro Blanco.—La boda de S. A., por Práxedes Zancada.—A una vecinita mía, por Manuel Latorre y Castillo.—Para tal culpa, tal pena, por Daniel Collado.—Lo imposible, por Mariano Marzal y Mestre.—El Cristo de Oñate, por Mariano Miguel de Val.—Los baños en la antigüedad, por Neptuno.—Recuerdos, por Juan José López-Serrano.—Servicios del Cuerpo de Carabineros.—Falstaff y las alegres comadres.—Notas bibliográficas.—Teatros.—Reclamos.—Anuncios.



Gozamos de una calma paradisiaca y el Gobierno puede con toda tranquilidad dedicarse a la reorganización de los servicios.

La tarea ya está comenzada, y pueden los lectores juzgar por la muestra lo que será al fin y a la postre la obra regeneradora del Gabinete silvelista.

El Sr. Dato ha empezado por *reformular* la policía. Parecía natural, elementalísimo, que aun sin detenerse en estudios más ó menos hondos, se procediese á la división que es sustancial para el buen funcionamiento de ese organismo: la policía judicial y la gubernativa, independientes en absoluto una de otra. La primera ha de ser esencialmente profesional, con personal idóneo y jefe experimentado y capaz para tan complicado servicio, que requiere una actividad, una perspicacia y una inteligencia nada comunes.

Establecido esto, es evidente que lo menos las tres cuartas partes del personal de nuestra policía era preciso desecharlo, sustituirlo con nuevos elementos y poner á la cabeza un hombre apto y enérgico que imprimiera dirección y renovara el ambiente.

Pues en efecto, todo el mundo continúa respetado en su puesto, y los madrileños pueden estar tranquilos porque gozarán de los mismos tan acreditados policías, con un nuevo jefe—el gobernador de Málaga,—que seguramente sabrá hacer muy bien unas elecciones, pero que nadie sabe se haya dedicado jamás á cuestiones policíacas.

Este es el botón de muestra que ofrecemos á nuestros lectores en prueba de la comenzada reorganización de los servicios.

Dicen que el Japón trata ahora de montar su policía, con todos los adelantos modernos. Si se enteran los comisionados que han de recorrer Europa con el fin de estudiar las diferentes organizaciones, no dudamos que se darán por aquí una vueltecita.

*
* *

Se removió airado en Cataluña el separatismo egoísta y repugnante; constituyóse la Unión Nacional por los trabajos de un periodista travieso y un curial-comerciante osado. Una y otra cosa, ha monopolizado por espacio de un año la atención de las gentes.

Aquello pasó; á lo menos ha cesado el estrépito que produjeron los imitadores de los géneros ingleses, y los que nos dan el chocolate, por ejemplo, sin mezcla de cacao ni otra porquería alguna.

Para amenizar la monotonía de un verano sin

Cortes, sin epidemia y sin garantías, necesitábase una nota picante y regocijada, y esa acaba de darla el Sr. Romero Robledo en un fronton convertido en círculo, en un círculo que va para club.

Se revolvieron contra la patria los catalanistas, para quienes se abrieron todos los mercados y se concedieron todas las franquicias; pretenden poner cátedra de moralidad los comerciantes, y á la postre, el Sr. Romero Robledo erigese en censor, fulmina, raja y taja, y ofrece por milésima vez su específico para los males crónicos de España.

Cualquier extraño que hubiese oído el discurso de la calle del Marqués de la Ensenada, preguntaríanos si un político tan experto no había formado nunca parte de los consejos de la Corona; si no había intervenido de modo directo en los negocios públicos. Y mucha sería su sorpresa cuando le digéramos que ese hombre ha sido por espacio de muchos años político influente, ministro de la Gobernación, de Ultramar, de Gracia y Justicia...

Sí, el Sr. Romero Robledo fué todo eso; el señor Romero Robledo es de los que han mantenido la ignorancia del pueblo, la ponderación del caciquismo, la política personal sin patrióticos ideales; el Sr. Romero Robledo es de los que han contribuido á hacer *gacétables* tantas hermosas mentiras.

Hacíamos quedado en que para salvarnos era necesario rechazar toda la palabrería de la vieja y funesta política; habíannos convencido que estábamos tan sobrados de oradores como faltos de hombres de gobierno; pero ya se nos ha olvidado. Impenitentes en el error y obstinados contra la experiencia, seguimos donde siempre y somos lo que siempre hemos sido.

Como si aquí no hubiera pasado nada, vamos viviendo como Dios nos da á entender, esperando que vengan los nuestros, pensando cada cual en lo suyo y nadie en España; y celebrando entre tanto el inagotable gracejo de un político que sabe decir deliciosamente las mayores irreverencias.

Juan de España.

LOS MONARCAS

(HISTORIETAS ANECDÓTICAS)

Es indudable que los reyes absolutos, y especialmente aquellos que no han comido el *amargo pan* del destierro, son seres aparte que ni poseen exacto conocimiento del mundo, ni saben cómo son sus súbditos en el trato usual y corriente, ni cómo se vive..., y muy rara vez es asequible para ellos la verdad.

El mandato obedecido sin réplicas ni objeciones, el deseo realizado siempre, la adulación y á veces el servilismo de los cortesanos, etc., son causas que ni aún pueden sospechar. Viven en un medio ambiente artificial que los mantiene aislados de todo lo que hay fuera de su grandeza y poderío.

Gozan, en cambio, de privilegios vedados á los demás mortales, por cuantiosas que sean las riquezas de algunos favoritos de la fortuna.

Las curiosas anécdotas que van á continuación son buena prueba de lo dicho, y seguramente que podría escribirse un libro muy ameno, entresacando de la Historia Universal otras muchas por el estilo.

I

¡OH, QUÉ GRAN PAÍS!

Ya en edad avanzada, se le antojó á la emperatriz Catalina II de Rusia visitar las regiones meridionales de su inmenso imperio, que nunca había visto, y hechos los preparativos necesarios, partió para Crimea.

Los cortesanos supusieron que S. M. I. se iba á aburrir *soberanamente* (cosa muy natural en una soberana) atravesando las escuetas, áridas y feísimas lla-

nuras de Rusia. El coche de la emperatriz tenía que recorrer con frecuencia muchísimas leguas, sin encontrar en tan larga ruta ni un árbol, ni una casa, ni objeto alguno agradable que rompiera la monotonía del paisaje.

¡Bonito concepto, además, iba á formar del país la imperial viajera!

Era preciso enmendar la plana á la naturaleza rusa en honor de Catalina, y suplir con el ingenio lo que faltaba de pintoresco á aquellas estepas desoladas y tristonas.

Los aduladores palaciegos dispusieron las cosas de este modo: enviaron de vanguardia multitud de vehículos llenos de bastidores pintados, representando casas, iglesias, puentecillos rústicos, árboles, etc., y gente diestra encargada de armar caprichosamente aquellos tinglados al paso de la emperatriz.

Así se hizo, distribuyéndolos á conveniente distancia del camino, de modo que á lo lejos, y con bien estudiada perspectiva, figuraban pueblos, granjas, caseríos y oasis de verdura.

En la primera jornada, al distinguir Catalina II dos ó tres monísimas aldeas que reflejaban sus casitas blancas en las aguas de un río, preguntó:

—¿Qué casas son aquellas? Tenía entendido que este país estaba desierto.

—Lo estaba, efectivamente, bajo el reinado de vuestros predecesores—contestaron los de la comitiva;—pero tanta es la sabiduría y acierto de vuestra administración, gran señora, que ha difundido el bienestar, la dicha y la abundancia por todas partes, poblando hasta los desiertos.

Más adelante, al aparecer en la falda de un montecillo algunas alquerías:

—Estoy admirada—dijo la emperatriz—de no ver habitantes.

—No han sido advertidos del paso de V. M.; de otra suerte acudirían presurosos á ofreceros el testimonio de su profundo respeto y cariño.

—Pero... ¿cómo es que no están señalados en el mapa que aquí traigo todos esos pueblos y caseríos?

—Ha sido una omisión imperdonable de los ingenieros y topógrafos encargados de ese trabajo.

—¡Para fiarse de ellos! Decididamente—añadió la emperatriz dando un suspiro,—no debemos los soberanos creer más que aquello que vemos con nuestros propios ojos; lo que se dice verlo...

II

OBEDECIDO COMO UN DIOS... MITOLÓGICO

Léese en las *Memoires de Saint-Simon*, que habiendo hecho construir Luis XIV un magnífico palacio en el bosque de Marly (entre Versailles y Sain-Germain), iba todos los años á solazarse en aquel agradable retiro.

Desde los balcones de la real residencia, descubriase un panorama espléndido; se hallaba situado el palacio en un extremo de la selva, y dominábase desde él una gran extensión.

Sin embargo, el monarca hizo observar una vez á sus cortesanos que por cierto sitio interrumpía el bellísimo y dilatado paisaje un vecino bosque, alto y frondoso, especie de murallón de verdura, que ocultaba precisamente uno de los más risueños parajes de aquella región.

El mariscal de Villeroy, allí presente, no echó en saco roto la observación del rey.

Al año siguiente volvió Luis XIV á su palacio de Marly, y seguido de un tropel de cortesanos, se dirigió inmediatamente á uno de los balcones... Al ver de nuevo el enojoso bosque ocultando el horizonte, se pintó en sus reales facciones la más viva contrariedad. Estaba acostumbrado á que le adivinasen el pensamiento y cumplieran en el acto sus menores deseos.

—¿Qué significa esto?—exclamó enojado.—¿No he dicho que me estorbaban esos árboles?

—Nada puede resistir á la voluntad de tan gran soberano—contestó el de Villeroy.—Dígnese V. M. extender el brazo... y será obedecido.

Hizolo así maquinalmente el rey, y... ¡oh sorpresa! como si repentino ciclón abatiera en un segundo aquellos árboles, todos vinieron á tierra con espantoso estruendo, dejándose ver en lontananza valles deliciosos, risueños pueblecillos y el Sena, serpeando caprichosamente entre huertas, prados y jardines... ¡Un paisaje encantador!

Los que no estaban en el secreto, se quedaron estupefactos y hubo quien creyó que Luis el Grande poseía algún poder sobrenatural; las damas se asustaron... Sólo el rey se sonrió satisfecho, como si considerase natural y lógico el milagro realizado en su honor.

Y es el caso que Villeroy había hecho cortar previamente por el pie todos los árboles que molestaban al monarca; apostó en el bosquecillo multitud de hombres, con fuertes maromas, atadas á los árboles, para mantenerlos en posición vertical, y les previno que los derribasen hábilmente en cuanto vieran que el rey extendía el brazo.

Con esta escena de comedia de magia, quiso demostrar Villeroy á Luis XIV que era obedecido siempre, no ya como un simple mortal, sino como un Dios.

RAMIRO BLANCO.

LA BODA DE S. A.

Diferentes opiniones se han expresado estos días con motivo del proyectado enlace de la encantadora Princesa de Asturias, con el hijo segundo del conde de Caserta.

La pasión política con sus intereses contrarios, sus prejuicios malévolos y sus insinuaciones calumniosas, no podía menos de mostrarse parte en una cuestión en la que sólo debieran jugar las espontáneas simpatías de dos corazones.

Insinuaciones calumniosas ó candidas supercherías, son las que en su ceguedad han empleado algunos periódicos de esos que sacan en seguida á relucir el fantasma de la reacción amenazadora y del jesuitismo triunfante con artes, que ya, por lo gastadas, no causan impresión ni en los que las emplean. Hay quien llega á afirmar que el pretendiente de S. A. es ex-oficial carlista, cuando durante la pasada guerra civil, el príncipe D. Carlos era un niño que mal podía tomar parte en contienda alguna, y si su padre intervino como auxiliar de las

encierra en sí la bondad de algo santo, tienen que satisfacer los amores de la augusta niña que sólo ha pensado en las cualidades morales del elegido de su corazón.

..... ¡No es príncipe de una casa reinante, clamará la turba de seres materializados y egoístas! ¡Y qué importa! Es el príncipe á quien ama. Eso basta.

El candidato del partido liberal era el conde de Turín, hijo de D. Amadeo, aquel monarca que, en hora aciaga para él y para nosotros, trajera á España la demencia progresista para constituir una monarquía que era una menguada é hipócrita república.

No negaremos la caballerosidad de D. Amadeo de Saboya. Tampoco ponemos en tela de juicio las excelentes dotes del conde de Turín.

Es preciso, sin embargo, recordar cómo dejó don Amadeo su corona. Pocos monarcas lo hicieron en condiciones parecidas..... Abdicó Napoleón I, vencido por la Europa coaligada; Luis Felipe I, al ver triunfante la revolución; Carlos Alberto de Cerdeña, después de la derrota de Novara, que imposibi-

¿Fue el cansancio lo que movió á D. Amadeo para ejecutar el acto que realizara? ¿Fue el convenio de que no podía sostenerse en un trono que se asentaba en frágiles cimientos y expuesto á succumbir arrollado por la voraz corriente republicana?

No sé; pero al irse de España en aquella forma, D. Amadeo cerró para siempre las puertas de esta nación á su descendencia.

Y volvemos á repetir lo que ya dejamos consignado. D. Amadeo no supo ser rey, pero era un perfecto caballero, y un caballero es también el conde de Turín, como lo ha demostrado cumplidamente en distintas ocasiones. Esto no impide que nuestras observaciones sean exactas y nuestros juicios verdaderos. Las circunstancias históricas han abierto abismos que con nada pueden llenarse entre la patria española y la casa real de Saboya.

Era muy probable también que al carácter altivo é independiente del conde de Turín, no le halagase dejar su patria. ¿Qué es lo que quieren los liberales? ¿Ir mendigando un príncipe consorte por las



PLAYA DE SAN SEBASTIAN

fuerzas absolutistas, posteriormente ha dado pruebas de adhesión á las instituciones liberales que hoy rigen nuestra patria.

Bien hizo el Sr. Dato en afirmar de modo categórico que esa boda, basándose en los delicados impulsos de un amor puro y desinteresado, sería grata al pueblo español, en cuyo pecho hidalgo encuentran eco todos los sentimientos nobles y todas las afecciones generosas.

Habría quien piense de otra manera reflexionando fría y secamente sobre las razones de Estado..... ¡Bah! El amor es el genio de la razón, la suprema razón misma, y las razones de Estado, ante su virtualidad incontrastable, son como nubecillas vaporosas que el sol deshace con sus rayos, é intentar ahogarle con vanas suspicacias es tan insensato como pretender soterrar la inmensidad de los Océanos con la menuda arena de las playas.

En la mayoría de los españoles, que afortunadamente permanecemos incontaminados de la lepra positivista que pugna por invadir nuestra sociedad, ese matrimonio encontrará paladines entusiastas...

¡Y cómo no! Eternos amantes de toda idea que

litaba su vuelta á Turín; Isabel II, obligada por las circunstancias y por su cariño de madre..... Don Amadeo lo hizo casi sin motivo alguno. Su renuncia se basaba en consideraciones que hubieran sido muy estimables á ser menos pueriles.

Y así como Gustavo IV de Suecia abandonó el poder, quedando abierto el camino del trono de Wasa á las tropas francesas, así á la abdicación de don Amadeo quedó España entregada á los excesos de la demagogia.

Por eso decía el ilustre Castelar en una de las agitados sesiones de aquellos días desgraciados, denostando el proceder del que abandonaba el cetro español á las más tristes perturbaciones: «¿Pues qué, se puede venir á esta hidalga tierra á ceñirse la corona de San Fernando y de Carlos V, y después, por una genialidad de joven, decir á la nación: sabed que ya no tenéis orden, que ya no tenéis poderes públicos, que estáis condenados á la anarquía y al caos, porque yo abandono la corona?»

Los reyes deben morir defendiendo la legitimidad de sus derechos. Tal era la opinión del malogrado D. Alfonso XII.

cortes de Europa, á semejanza de los progresistas, que iban mendigando un rey, recibiendo desaires bochornosos y siendo la ocasión de guerras sangrientas?

Y además, ¿había contado siquiera el partido liberal con la voluntad de S. A.? ¡Medradas conquistas la de una democracia cuyos definidores quisieran casar princesas siguiendo únicamente las inspiraciones descarnadas de las conveniencias políticas y prescindiendo de toda otra consideración ó respeto!

En Inglaterra, donde la democracia no es, como aquí, una frase de efecto únicamente que se lanza cuando conviene, sin que la mayoría entienda su significación; en Inglaterra, tenemos entendido que una de las princesas está casada con un señor que ni es de linaje real siquiera.

.....Precisamente el fin de las conquistas liberales es romper las murallas inexpugnables antes, que separaban unas clases de otras dividiendo á los hombres en odiosas castas.

Antiguamente, los matrimonios de príncipes eran indignos contratos de compra-venta.

Esto tenía que desaparecer con la civilización moderna, lo mismo que han desaparecido otras muchas infracciones del derecho natural.

La influencia que ejercen las bodas de príncipes de distintos países en los destinos de éstos, es ahora tan escasa, que casi puede calificarse de nula.

Ningún monarca se mueve por estímulos de familia. No son ya las naciones patrimonio de los reyes, y éstos, por consiguiente, tienen que sacrificar sus afectos y hacer abstracción de consideraciones, que antiguamente eran las únicas que informaban la política de los pueblos.

Los pactos de familia no son hoy posibles como con el régimen absoluto. Ya se ha visto el ejemplo de Grecia, secretamente combatida por Alemania durante su guerra con los turcos, á pesar del parentesco entre los reyes de ambas naciones. Todos los soberanos de las grandes potencias tienen algún parentesco, y sin embargo están acechando la ocasión de perjudicarse.

Las alianzas se inspiran hoy tan sólo en criterios de conveniencia y prosperidad para los pueblos, no en los lazos de familia que ligen entre sí á las dinastías.

Francia y Rusia tienen distintas instituciones, lo mismo que Inglaterra y los Estados Unidos. y sin embargo están aliadas.

No influyen, pues, para nada las bodas de príncipes en el porvenir de los Estados. Esto es indudable.

Todos los que han tratado al príncipe D. Carlos de Caserta, elogian sus condiciones de carácter, su afabilidad, su vasta ilustración, su modestia ejemplar....

No resistimos á dar cuenta de un sencillo hecho que pinta bien el carácter del príncipe. Un día fué éste, que es capitán honorario de Estado Mayor, siendo Ministro de la Guerra el difunto general Correa, al Palacio de Buenavista, y como no dijo su nombre, y su graduación era inferior á la de otros muchos militares que esperaban audiencia, aguardó largo rato en la antesala sin demostrar cansancio ni impaciencia y departiendo familiarmente con todos. Cuando le llegó su turno, al dar su nombre, un distinguido coronel, ayudante del Ministro, le presentó sus excusas y se puso á sus órdenes, y el príncipe, cuadrándose militarmente, dijo:

—Yo soy, como inferior jerárquico, el que tengo que ponerme á las de usted, y no tiene usted que excusarse, pues no me tocaba entrar hasta ahora habiendo aquí superiores míos.

Casándose nuestra gentil princesa, siguiendo los estímulos de su tierno corazón, demuestra que no es sólo la primera española por su rango, sino por la nobleza de sus elevados sentimientos.

El matrimonio proyectado será nuncio de prosperidades para nuestra patria. No en balde afirma Karr, que el amor es inspiración de Dios. Manantial fecundo de bienes, sus benéficos influjos se extienden por doquier....

¡Ah! el amor.... Si en lugar de haber un infierno hubiera dos, dice Echegaray en *El estigma*, y se amasen mucho, ya no habría infierno. La lúgubre mansión de los precitos no sería el asiento de todo género de torturas y sufrimientos que la imaginación nos presenta, ni podría escribirse sobre sus umbrales el *Lasciate ogni speranza* del poeta italiano, pues imperando el amor, serían felices y venturosos los mismos antros infernales.

Práxedes Zarcada.

À una Vecinita mía

Como siempre, tan lozana te veo, linda Rosario, cuando vas muy de mañana con tu parlero canario á colgarle á la ventana.

Le oigo piar desde aquí, y tus mimos seductores; le tengo envidia ¡ay de mí! nunca escuché tus amores como él escucha de tí.

En su cárcel reducida vivirá alegre y contento,

pues tú le endulzas la vida, y no tendrá sentimiento por su libertad perdida.

Mas dime, ¿qué tiene un ser inexpresivo y pequeño para tan dulce mujer, que pone tan duro empeño en que no me ha de querer?

Dímelo por vida mía; dímeo, dulce Rosario; ¿encierra más poesía el canto de tu canario que mi inmensa idolatría?

Tú le quieres y á mí no; tú atiendes su alegre trino, y no atiendes cuando yo te juro que mi destino unirse al tuyo soñó.

Ya tus razones escucho; adórame como á él; ¿por qué queriéndote mucho he de estar bajo el nivel de ese infeliz pajarucho?

Manuel Latorre y Castillo

Julio, 900.

Para tal culpa, tal pena

Europa, ese conjunto de espíritus muertos que contempló con criminal indiferencia la escandalosa expoliación de que fué víctima nuestra patria, empieza no sólo á comprender sino á sufrir las consecuencias de su censurable y errónea conducta.

Antes, mucho antes de lo que los espíritus más perspicaces hubieran podido presumir, las grandes potencias europeas se ven obligadas á poner en movimiento aquellos elementos de combate que guardaban en sus puertos y en sus cuarteles, como se guardan en el fondo de artística vitrina los preciados objetos que á toda costa queremos conservar.

Faltó decisión, faltó unanimidad de criterio para oponerse al despojo, y el sol de la justicia fué eclipsado por la sombra de la fuerza, sin que una voz autorizada protestase.

Por el contrario, cuando la capitulación de Santiago de Cuba se firmó, los grandes Estados de Europa respiraron como respira aquel que se ve libre de un peso que le abruma.

No porque se alegrasen de nuestra desgracia, sino porque, merced á ella, veían alejarse los peligros de una tormenta que á todos por igual preocupaba. Pero aquella tranquilidad duró poco.

El leopardo inglés clavó sus garras en dos pueblos que merecían ser respetados. Ambos, con su conducta noble y valerosa, demostraron al mundo entero que eran dignos de conservar la independencia por que luchaban.

El presidente Krüger, invocando la santidad de la causa del pueblo boer, solicitó la intervención amistosa de algunos Estados europeos.

Con tal motivo, volvió á renacer en estos la intranquilidad.

De nuevo se dibujaban en el horizonte los nubarrones precursores de la tormenta.

—¡Temor pueril!

Con la causa del Transvaal, sucedió lo que con la de España.

Halló simpatías en el corazón de las multitudes, pero en el de los estadistas, sólo pudo encontrar indiferencia.

Estaba probado: la fuerza militar de las grandes potencias de Europa, jamás se emplearía en defender la causa de los débiles, por justa que esta fuera; por lo tanto, la rapiña internacional se podía seguir ejerciendo sin temor.

¿Era que en este viejo continente no existían almas capaces de comprender y de sentir la razón, fuente de toda justicia y de todo derecho?

¿Era que á los formidables elementos de combate que se guardaban en los puertos y en los cuarteles, se les iba á dar idéntico empleo que habían dado á los suyos los Estados Unidos de América primero é Inglaterra después?

Nuestros sentimientos se niegan á contestar afirmativamente.

Queremos creer que, si Europa no se opuso al despojo de España, ni se opone al del Transvaal, fué porque desconfiaba entonces y desconfía hoy de poder realizar una empresa de índole semejante, sin que al final de la contienda choquen entre sí los elementos que en ella tomen parte.

Pero he aquí que, cuando menos podían esperarlo los grandes Estados europeos, el conflicto chino viene á echar por tierra todos sus cálculos y todas sus previsiones.

Los castillos flotantes tienen que abandonar sus cómodos fondeaderos, los soldados sus cuarteles.

Lejos, muy lejos de nuestro ánimo está la idea de justificar la odiosa conducta de los hijos del Celeste Imperio; condenamos con toda nuestra alma los excesos á que se entregan y los consideramos dignos de un castigo tan rápido como ejemplar.

Pero si llegamos al fondo de tan luctuosos sucesos, si los analizamos serena y escrupulosamente, si prescindimos de prejuicios y sobre todo de hipocresías, habremos de reconocer y declarar que, en la causa que impulsa á la raza amarilla contra la blanca, existe un punto de razón.

Las sangrientas, las bárbaras escenas que en el imperio del Medio se desarrollan, la misma Europa las ha provocado.

Se despojó á España de sus colonias, y los grandes Estados europeos la desampararon.

Seguidamente vino la teoría de Salisbury acerca de los pueblos vivos, de los pueblos muertos y de los pueblos moribundos.

Después amplió la idea Chamberlain y surgió la guerra del Transvaal, provocada por la ambición de la Gran Bretaña.

Europa no sólo calló, sino que llegó á felicitar á Inglaterra cuando aparecía vencedora.

¿Por qué ese silencio?

¿Acaso hubo razón para consentir el despojo de España? ¿La había para sojuzgar al Transvaal?

¿Qué había de haberla!

No era la humanidad, no era la civilización lo que se debatía, era el mercantilismo; no era la doctrina del Cristo la que pretendía abrirse paso, eran las teorías de Silock.

Nada de esto pasó desapercibido para la nación china, y aunque menos civilizada que las europeas se puso en guardia.

Comprendió que su extensión y sus riquezas excitaban la codicia de los grandes pueblos civilizados, vió que el hecho de la fuerza predominaba sobre el derecho de la razón, pudo comprobar los celos, los temores, las desconfianzas y la falta de unidad de las grandes potencias de Europa, y dejando que su odio hacia la raza blanca se desbordase, acometió antes de ser acometida y trató de imponerse por el terror, creyendo que de ese modo se libraría de los peligros que la amenazaban.

Ahora bien; nosotros creemos y afirmamos que, si Europa se hubiera opuesto al despojo de que España fué víctima, Salisbury y Chamberlain se habrían guardado sus discursos y no hubiera surgido la guerra en el Sur de Africa, ni la anarquía en el imperio chino.

Pero no fué así; hubo sobra de egoísmo ó falta de valor para imponer el veto, y en los momentos actuales recoge Europa el fruto de la semilla que entonces sembró.

El problema está planteado.

Millares de individuos pertenecientes á la raza blanca han sido víctimas del salvaje furor de la amarilla, y si Dios no lo remedia otros muchos millares correrán la misma suerte.

Semejante estado de cosas no puede prolongarse.

Cese el egoísmo, cese el temor, cese el mutuo recelo con que se miran las grandes potencias de Europa.

Envíen á China cuantos barcos y soldados sean necesarios para el restablecimiento de la normalidad, y si una vez restablecida, la ambición es causa de que ingleses, franceses, alemanes, rusos, japoneses y yankees choquen entre sí, sufran las consecuencias de lo que pudieron y no quisieron evitar.

Quien tal hizo, que tal pague.

Daniel Collado.

LO IMPOSIBLE

(FINAL DE UNA HISTORIA)

Epílogo: El beso del perdón

I

Han transcurrido diez años desde los sucesos anteriores, diez años que en Elena han hecho más estragos que hubieran podido hacer veinte, en circunstancias normales.

Hermosa lo estaba aún; ni la edad ni los pesares, pueden borrar por completo los rasgos de la belleza; pero ¡cuán demacrado se hallaba el rostro de Elena! Su mirada, ¡cuán triste y apagada!

Vistiendo continuamente el hábito de los Do-

ñaña, que entonces contaban siete y cinco años, respectivamente.

El general hacía todos los años una escapatoria para ver á sus hijos; pero Elena, como hemos dicho, no los había vuelto á ver.

El día en que tiene lugar la acción de este epílogo, el general y su esposa, él grave y serio como siempre, y ella como siempre, triste y llorosa, habían concluido de comer sin haber cruzado una sola frase; ambos se levantaron; ella para dirigirse á sus habitaciones, y él á su despacho.

Al llegar al umbral de la puerta, el general se aproximó á su esposa, y en voz baja, pero de una manera brusca y seca, le dijo:

—Mañana llegarán los niños en el expés de Francia; deseo que durante el mes que han de pasar entre nosotros, solo vean en usted una buena madre; espero que hará lo posible por conducirse como tal, ya que no supo hacerlo como esposa.

hijos, llegó á su dormitorio, donde se postró á los pies de un Santo Cristo y exclamó llorando, no sabemos si de tristeza ó de alegría:

—Gracias, Dios mío, porque voy á ver á mi Alberto, á mi María! Después llevadme con vos, si más misericordioso que mi marido, me juzgáis ya redimida.

Dejemos á Elena, llorando y rezando, y pasemos al despacho del general.

II

Encontramos á Gutiérrez sentado en un sillón, delante de la mesa de escritorio, apoyando su cabeza en ambas manos y los codos sobre el pupitre; sobre éste tenía un retrato fotográfico, tamaño de tarjeta americana, y el general parecía contemplarle ensimismado.

—Recuerdo de mejores tiempos, de horas de di-



FALSTAFF Y LAS ALEGRES COMADRES DE WINDSOR

lores, parecía la generala una imagen viviente de la Dolorosa; en los diez años transcurridos, no había frecuentado sociedad alguna. ¡Ella! la que figuró siempre en el gran mundo, pasaba encerrada todo el día en sus habitaciones particulares; apenas si los mismos criados la veían más que á las horas de las comidas, únicas en que se reunía con su esposo, siempre serio y grave, y con el que solo cruzaba dos ó tres palabras cuando eran estrictamente necesarias.

La pobre señora, según la llamaba la servidumbre, solo se ocupaba en dos cosas: en rezar y en llorar, y solamente salía de su casa los domingos y fiestas de misa, ó para asistir á alguna solemnidad religiosa, pero siempre con su hábito y su modesta mantilla.

Todo el mundo trataba de raro y cruel al general, atribuyendo la tristeza de Elena al capricho de aquél, por tener á sus hijos educándolos en los mejores colegios de Francia; pues en esos diez años, la Generala no había vuelto á ver á su Alberto, ni á su María. Todo el mundo recordaba que el cambio de vida de Elena, empezó el mismo día en que su esposo envió á los colegios franceses al niño y á la

Ante aquella noticia inesperada, Elena se sintió desfallecida. ¡Iba á ver á sus hijos al cabo de diez años!

El general no reparó, ó no quiso reparar, que su esposa se apoyaba en la pared para no caer; él hizo un movimiento como para dirigirse á su despacho. Elena le detuvo con un ademán de súplica.

—Alberto—exclamó débilmente.—¡Siempre te he de ver así? ¡No te bastan tantos años de penitencia y de dolor? ¡Siempre severo, y siempre cruel!

—¡Siempre justo!

—¡Esposo mío! ¡No ha de haber jamás perdón para mí?

—No soy esposo, ¡soy juez!, y hay faltas que no tienen perdón.

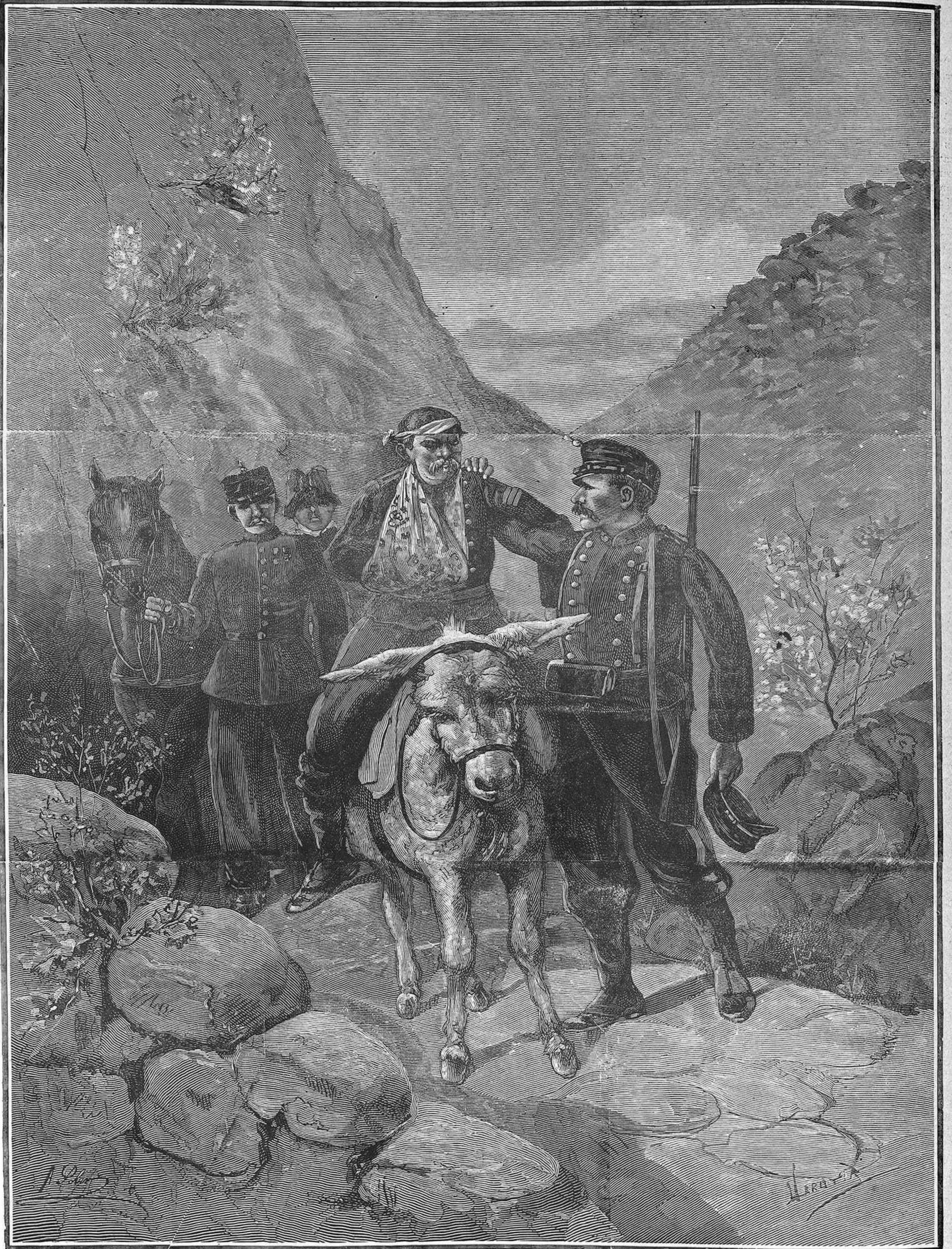
—¡Todas! Cuando se expían... Dios perdona al pecador arrepentido.

—¡Dios es Dios! Yo, no soy más que el general Gutiérrez.

Y grave y severo, sin pronunciar más frases, ni mirar á su esposa, se dirigió á su despacho.

Elena, apenada por la inflexibilidad de su esposo, pero regocijada con la idea de volver á ver á sus

cha, imagen de la mujer adorada. ¡Cuánto te amé!.. ¡y cuánto te amo aún! ¡Todo se desvanece! ¡Todo se disipa cual humo! ¡Dicha, ilusión, alegría, amor, ¡No! el amor no; á mi pesar le siento vivo en mí. ¡Por qué te habré amado tanto? ¡Mujer en quien cifré mi felicidad! ¡Mujer en quien deposité mi honra! ¡Qué hiciste de ella? ¡Por qué la destruiste? ¡Qué mal te hice? Te ví sola, huérfana, pobre; te ofrecí compañía, amparo, posición, riqueza, y sobre todo amor, ¡mucho amor! ¡Por qué lo admitiste, al parecer agradecida y amante, si no habías de ser ni lo uno ni lo otro? ¡Ocho años de dicha me diste! ¡Ocho años que viví feliz creyendo haber hallado en tí la mujer soñada...! Fuiste amante y buena mientras no tuviste ocasión de dejar de serlo... y á tí, Alfredo—añadió apartando la vista del retrato, y como dirigiéndose á un ser invisible,— ¡qué mal te hice en auxiliarte en tu carrera? En traerte á mi lado para protegerte? ¡Traidor!—y el general hizo un movimiento de ira—¡infel!—añadió volviendo á fijarse en el retrato de Elena, pues era ella en el apogeo de su belleza,—¡infel!—repitió, y arrojando la fotografía lejos de sí, se levantó del



DESPUÉS DE LA REFRIEGA



MARTE Y VENUS

sillón y empezó á dar largos y agitados paseos por la habitación; parecía un león furioso encerrado en su jaula.

Recordaba la escena terrible, cuando se avalanzó sobre los culpables con la espada desnuda; recordaba la actitud adoptada por ambos, ante su acometida; ella cayó á sus pies arrodillada, él se irguió altivo y sereno, cruzando los brazos sobre el pecho, y ninguno de los dos hizo ademán de defenderse ni de evitar el golpe. Recordaba que al verlos indefensos dejó caer la espada, y dirigiéndose á su esposa, le dijo severamente:

—¡Salga usted! ¡ya hablaremos!

Elena salió tambaleándose, y él increpó á su joven ayudante de órdenes, diciéndole:

—¿Qué eres? ¿qué mereces? ¡Contesta!

Alfredo con voz seca, poco serena, replicó:

—Soy un criminal, merezco la muerte. Estoy á sus órdenes, mi general.

—¡Á mis órdenes! ¿Para qué? ¿Es que me propone usted un duelo, para si sale con bien, quedar libre y burlar mi memoria, y si le mato, tras de deshonrado ser yo homicida? ¡Bonita solución, un duelo!

—Máteme usted, no me defiende.

—¡Gracias, no soy asesino!

—Acuda usted á los Tribunales.

—¡El escándalo! ¡muy bien!

—Entonces, general, ¿qué quiere usted?

—El hombre que ha cometido la infamia que usted, si es que aún le queda un resto de honor, no debe ignorar lo que le toca hacer.

—¿Me propone usted un suicidio?

—No soy capaz de cometer crímenes, ni de aconsejarlos.

—Pues entonces....

—Dentro de tres días, salimos á combatir contra los carlistas, teniente Alfredo.

—¡Mi general, reclamo el punto de mayor peligro!

—¡Gracias á Dios! No podrás menos de conservar algo de la nobleza de tu padre. ¡Sal!

—Adiós, general. Cuando me vea tendido sin vida en el campo de batalla, perdóneme.

Y Gutiérrez recordaba toda aquella escena, como también lo que pasó con su esposa, á la que dijo sin pedirla explicación ninguna, ni quererla oír:

—Señora, la que no ha sabido ser buena esposa, no puede dar buenos ejemplos á sus hijos, ni ser buena madre. Mañana saldrán nuestros hijos para París; usted seguirá viviendo en mi casa para evitar escándalos, pero ya no seremos marido y mujer, sino un juez y una reo.

Recordaba, cuando salieron los niños para París, la despedida con su madre. La marcha de él al Maestrazgo, á combatir con los carlistas; la muerte de Alfredo, que, fiel á su palabra, ocupó siempre el sitio de mayor peligro, y sucumbió heroica y gloriosamente al asaltar las trincheras del enemigo.

Todo esto, lo recordaba el general en sus agitados paseos; luego aquellos diez años de tristeza y de tormento, en que solo veía á su esposa á las horas de la comida, y á la que llamaba de tú si se veía obligado á dirigirle una frase delante de los criados, pero á la que no había hablado á solas desde el momento que pronunció su sentencia, hasta en el que, como hemos visto, le dijo que sus hijos llegarían de París en el exprés del día siguiente.

III

Más de dos horas habían transcurrido y el general seguía en su despacho, á ratos sentándose en su sillón y apoyando su cabeza entre las manos, y otras veces levantándose y continuando sus paseos á lo largo de la habitación.

¡Diez años!—murmuraba.—Diez años privado de estar con mis hijos, y ahora vendrán, estarán un mes y se volverán á ausentar. ¡Al castigar á esa mujer, me he castigado yo mismo! ¡Oh, si á las mujeres no las cegase el demonio, comprenderían las consecuencias de una falta y no la cometerían.... ¡Diez años! y sin embargo, siento la herida abierta, y es que las heridas del cuerpo, el tiempo las cicatriza; pero las del alma, no se cierran jamás.... y me pide esa mujer que la perdone; ¡locura! Para perdonar, es necesario olvidar. ¿Olvidar? Eso es im-

posible, y lo imposible no puede ser. ¡No, no! ¡infame! No te perdonaré nunca, y á pesar de eso, seguiré amándote siempre.... ¡también yo tengo mis debilidades!.... Tal vez si no te amase tanto pudiera perdonarte.... Diez años haciendo un claustro de mi casa, ¡llorando siempre! ¡siempre rezando!.... Cuántas noches, quedo, muy quedo y á mi pesar, como impulsado por una fuerza extraña, me he dirigido á sus habitaciones y, amparado por el tapiz que cubre la puerta de comunicación, la he visto arrodillada, derramando lágrimas y orando fervorosamente.... y yo.... yo también he llorado. ¡Yo! ¡El general Gutiérrez!.... Sí, ya estará redimida; tal vez Dios la haya ya perdonado.... yo ¡no puedo!.... ¡Imposible!.... ¡Pobres hijos míos! ¿Qué culpa tenéis vosotros para estar privados del cariño y de la solicitud de vuestros padres? ¡Sí, soy demasiado cruel con Elena, conmigo, con mi Alberto, con mi María!.... ¿Por qué no han de quedarse aquí? Al menos tendremos á nuestros hijos.... ¡Quedarse! ¡Qué espectáculo vamos á darles! Un padre severo, grave, adusto; una madre llorosa y afligida; me acusarán de bárbaro, de cruel para con su madre, ó para disculparme á mí tendrán que sospechar la verdad.... ¡Oh, no, eso no! La despreciarían. ¡Qué horrible debe ser eso! No, que no estén aquí, que se vayan pronto. ¿Qué ejemplo vamos á dar á un joven de diez y siete años y á una niña de quince?.... Sin embargo, los días que han de estar entre nosotros es preciso que no sospechen; es menester disimular.... no estar yo tan severo y Elena tan afligida. ¡Fingir! Hacer una comedia; representar el papel de esposos bien avenidos.... No hay más remedio, ya que he cometido la imprudencia de hacerlos venir. ¡Me lo han pedido tantas veces, que ya no encontraba excusa!.... ¡y yo que lo deseaba tanto!.... Sí, debo ver á Elena, prevenirla.

Y como si temiera arrepentirse si lo pensaba más, se dirigió por el corredor que comunicaba con las habitaciones de su esposa, hasta el gabinete de ésta.

IV

El general levantó el pesado tapiz y dirigió la vista al interior del gabinete.

—¡Estará acostada!—pensó.

Pero no era así; Elena se hallaba sentada en un sillón, delante de un reclinatorio, sobre el que ardían dos velas que alumbraban á un Santo Cristo.

La generala tenía un devocionario en la mano; sin duda el sueño la había sorprendido en medio de sus oraciones, pues Elena estaba dormida; una ligera sonrisa de satisfacción animaba su pálido y hermoso semblante.

Se había dormido pensando que pronto, *al cabo de diez años*, iba á ver á sus hijos.

El general la contempló conmovido; luego dirigió su vista al Santo Cristo.

—Parece que tiene los brazos abiertos para recibirnos en ellos. ¡Perdona!, me dice.... sí, yo de buena gana perdonaría.... pero *no puedo*.... ¡Pobre mujer! Bastante ha sufrido.... ¡Cuánto la he amado! ¡Cuánto la amo aún!.... Diez años de expiación.... ¡Diez años viviendo como una santa! ¡Infeliz! ¡Mucho has pecado, pero mucho has llorado también!

Y el general, con las lágrimas en los ojos, se aproximó á su esposa, y sin darse cuenta de lo que hacía, se inclinó sobre ella, cual si fuese á darla un beso; pero de pronto retrocedió como espantado.... Entre él y su esposa se había interpuesto una sombra, y le pareció oír una burlona carcajada.

—¡Alfredo! Sí, le veo, *ahí está, entre los dos*. Se ríe de mí, ¡tiene razón! ¿Qué iba yo á hacer? ¡Amar, perdonar, olvidar? ¡Imposible! ¡Imposible! Siempre esa maldita sombra se interpondrá entre los dos.... ¡No, no, no hay perdón donde no hay olvido!

Y retrocedió algunos pasos más como para volver á sus habitaciones; pero tropezó con un mueble y Elena se despertó, dió dos gritos, el primero de sobresalto al ver á un hombre, luego de alegría al reconocer á su marido, á quien desde hacía diez años no había visto penetrar hasta allí.

—¡Alberto!—exclamó—¡Tú aquí!

—Sí, yo—replicó el general, turbado, como si le hubieran cogido *infraganti* en algún delito.

—¿Qué quieres? ¿Es que has venido á perdonarme?

—¡Jamás!

Elena bajó la cabeza.

—He venido á que nos pongamos de acuerdo respecto de la conducta que hemos de seguir, mientras estén aquí *mis hijos*.

—¿Por qué no los dejas ya con nosotros?

—Ya se lo dije á usted, hace diez años: porque la que no sabe ser buena esposa, no puede ser buena madre, ni es digna de tener hijos.

—Alberto, nunca me has querido oír.

—Ni quiero; para ciertas faltas no hay atenuantes.

—Oye, al menos, dos palabras: no quiero disculpar mi grave falta, que yo misma jamás me he explicado; pero sea todo lo grande que pueda ser, ¿no crees que estos diez años me han enseñado bastante para poder ser buena madre? ¿No crees que el mismo horror que mi situación me inspira, es la mejor salvaguardia de *nuestros hijos*? ¿No sabes que el dolor es un gran maestro? Deja aquí á *nuestros hijos*, que nos amen, y tú Alberto, perdóname, por la memoria de tu madre—y Elena, cayó de rodillas á los pies de su esposo.

El general, la levantó con suavidad y le dijo:

—He estado á punto de perdonar, pero se ha interpuesto una sombra que no lo ha permitido.

—Esa sombra es la que llevo sobre mi conciencia.

—Ella nos separa para siempre, Elena; quisiera perdonar, pero para ello era preciso olvidar, y olvidar no puede ser, es pedir lo imposible.

—¿Cómo te he de pedir que olvides mi falta? ¿Puedo acaso olvidarla yo? ¡Oh Alberto, no me creas ya tan rebajada! Si tú olvidando mi falta, vinieses á mí.... yo no aceptaría.... porque jamás puedo ser digna de tí.

—¡Entonces... perdonar sin olvidar...!

—¡Es más sublime y más santo! Mira á Cristo. *El todo lo tiene presente*, y sin embargo perdona al que llora arrepentido. Perdóname, Alberto, para que Dios te perdone.

—¡A mí! ¿De qué?

—¡Ignoras acaso que no perdona Dios á quien á otro no perdona!

—¡Sí, es verdad! Elena, mucho has pecado, pero mucho has purgado tu pecado. Si estás ó no ya redimida, Dios lo sabe; sea él tu juez y que te perdone.... como yo te perdono.

—¡Oh, gracias, gracias! ¿Es de veras?

—Sabes que no miento, y en prueba de ello....—y conduciendo á su esposa cerca del Cristo, se inclinó sobre ella y la besó en la frente.

—¡Bendito seáis, Señor!—exclamó Elena cayendo de rodillas á los pies del Crucifijo, y derramando abundantes lágrimas.

—Que este beso de perdón—continuó diciendo el general—sea la llave que nos abra las puertas del cielo. Ahora, adiós, ya no seré tu juez, todos verán en mí un esposo cariñoso.

Todos y en todas partes.... *menos aquí*; porque eso, Elena, es lo imposible. Sé buena madre, *nuestros hijos* no se separarán ya de nosotros.

—¡Alberto, Alberto, gracias!....

Y el general salió precipitadamente de la estancia, no menos conmovido que lo que estaba Elena.

V.

Al día siguiente salían juntos en carruaje, por primera vez al *cabq* de diez años; el general y su esposa se dirigían á la estación del Norte á esperar á sus hijos.

MARIANO MARZAL Y MESTRE.

El Cristo de Oñate

LEYENDA

(CONTINUACIÓN)

II

Quando vuelven las montañas á esconderse en los misterios de la tenebrosa noche, y mientras lucen de nuevo

Los planetas en la altura
y la luna en medio de ellos,
cual lámpara suspendida
del altivo firmamento,

Arrodillada en su celda,
delante del blanco lecho,
la angelical Sor Victoria
meditando está en silencio ;

Los ojos llenos de lágrimas,
la mente de pensamientos,
el corazón de amarguras
y de temores el pecho.

Y mientras, como un cadáver,
rígido é inmóvil su cuerpo,
más bien que lleno de vida
y calor, parece muerto ;

El alma por los espacios
vaga, enlazando recuerdos,
y promesas, y suspiros,
y dolores, y consuelos.

Pero, pronto, en cuanto suena
la campana del convento,
anunciando con sus notas
del día el último rezo,

Sor Victoria se levanta
y, cual si quisiera á un tiempo
comenzar sus oraciones
y desvanecer sus sueños,

Suelta el rosario bendito
que ciñe su talle esbelto,
y deposita en los brazos
de la cruz un fuerte beso.

Comienza á rezar entonces,
mas en vano intenta el rezo,
que en el alma enamorada
no arden á la vez dos fuegos ;

Y como tras fuerte lucha
en su corazón vencieron
los amores de la tierra
á los amores del cielo,

Al santiguarse parece
que se le enredan los dedos
en la boca, y que le arrancan
de entre los labios un beso.

—« *Le sigo*—entonces pronuncia—
le sigo, porque le quiero » ;—
y quitándose la toca

descubre sus rizos negros,
Que al acariciar su rostro
le hacen ver, llena de miedo,
un fantasma en cada cuadro
y en cada mueble un espectro.

Sombras que al cambiar de forma
y de tamaño y de cuerpo
suben, bajan, van y vuelven
deslizándose en silencio,

Y unas veces se deshacen
sobre el tosco pavimento,
y otras, irguiéndose, llegan
hasta tocar en el techo.

Al fin, cuando dan las doce
y de las notas el eco,
que mejor que campanadas
parecieran llamamientos,

Ondulando en las penumbras
de la noche con misterio,
retumba en montes y valles
y se levanta hasta el cielo,

La angelical Sor Victoria,
con paso callado y trémulo,
se dirige hacia la puerta
que da al callejón estrecho,

Descorre el fuerte cerrojo
y abre de repente, viendo
que á corta distancia espera
Iván de amores sediento,

El Amor de gozo ríe,
mientras enciende el veneno
de otras flechas que prepara
para otros amores nuevos.

El planeta de la noche,
que luce brillante cerco,
con majestad soberana
alumbró el espacio inmenso,

En el que también relucen
con inextinguible fuego

estrellas encantadoras
y enamorados luceros ;

Y en la tierra todo es calma,
todo quietud y silencio,
que solamente se turba
al resonar á lo lejos

La voz del guardián que canta,
alzando la vista al cielo :
—« *Ave María Purísima!*
Las doce en punto y sereno. »

Mariano Miguel de Val.

(Continuará.)

Los baños en la antigüedad

A pesar del título y de las noticias que en este artículo acuático encontrará el lector, puedo jurarle que no soy erudito.
Y al Ateneo voy de higos á brebas.

Pero sucede que, cuando Febo se las trae, es un consuelo bañarse, aunque sea en... hipótesis.

Voy, pues, á hablar del baño en la antigüedad, pero no por cuenta mía.

La sustancia de este artículo es de un autor anónimo ; sólo los comentarios son míos.

Hecha esta aclaración espontánea, pero necesaria, entro en materia.

O como si digéramos, en la piscina.

Aunque no en clase de pez.

La costumbre de zambullirse en el agua, es tan antigua como el hombre y la mujer.

La historia nos dice que los egipcios, los griegos y los romanos se bañaban frecuentemente, y en nuestros días, los rusos, los finlandeses, los noruegos y otros pueblos del Norte, tienen un gusto tan decidido por los baños, como los turcos, los persas y los indios que habitan en climas ardientes.

Los fundadores de algunas sectas constituyeron el uso de los baños en práctica religiosa, porque llegaron á conocer la utilidad de las abluciones para la salud pública.



LOS CAFÉS DE TURQUÍA: UNA CAMARERA

De esa manera consiguieron que desaparecieran rápidamente las graves enfermedades cutáneas tan comunes en otro tiempo, lo mismo en los países cálidos que en los templados.

(Lo cual quiere decir que, entonces como ahora, había mujeres y hombres que eran unos grandísimos cochinos.)

El uso del baño se encuentra en todos los pueblos de la antigüedad: así Homero nos pinta á Telémaco conducido á baños de extraordinario aseo y perfumado después por las esclavas más hermosas.

(¡ Oh joven afortunado! Dichosos los tiempos en que tenían lugar aquellas escenas y dichosos los hombres que tuvieron la fortuna de vivirlas.)

Los romanos tomaron de los griegos el uso de los baños y la distribución y destino de las piezas que los componían.

En el reinado de César, todas las casas particulares de alguna importancia, tenían baños elegantísimos.

Los romanos se bañaban desde el medio día hasta la noche, habiéndose prohibido por edicto, bañarse después de comer.

La forma del vestido de los griegos y los romanos, así como el calor del país que habitaban, hacía necesario el que se bañasen con frecuencia; pero el lujo y la molición los multiplicaron de tal modo entre los segundos, que se pasaban en el agua la mayor parte del día.

(Y se acorchaban.)

Entonces fué cuando se erigieron aquellos monumentos, conocidos con el nombre de «Termas», en cuya construcción quiso cada emperador desplegar toda su magnificencia para lisonjear al pueblo.

Pero como en este artículo solo me propongo hablar de los baños pertenecientes á particulares, comunicaré á mis lectores los datos que acerca de los mismos he podido recoger.

La pieza del baño estaba situada en la parte más retirada de la casa y constaba de un patio rodeado de pórticos en tres de sus fachadas; en la cuarta, había una gran pila para tomar el baño de agua fría en común y se llamaba «baptisterium», tan grande á veces (la pila) que podía nadarse en ella y cubierta con una techumbre sostenida en columnas salientes.

Más lejos había otro baño menos frío, que era una habitación cerrada, en medio de la cual había una cuba de mucha cabida, y en ella podían bañarse juntas algunas personas.

(¿ Se bañaban?)

Cerca de estos baños estaba el vestuario en donde los esclavos, después de haber desnudado á sus señores, plegaban cuidadosamente sus vestidos y los guardaban en armarios.

Seguíase el baño caliente, en el que había diferentes bañeras; pero la principal, á la que se bajaba por escalones de mármol, estaba colocada en un hemicírculo adornado de dos filas de graderías, llamada la «escuela», porque los que estaban en ellas sin tomar parte en el baño, se entretenían en discutir materias filosóficas con los que se estaban bañando.

(Ahora me explico por qué para entender la filosofía de Salmerón hay que echarla en remojo. Procede de allí sin duda alguna.)

Aquella pieza recibía la luz por arriba, y dichas conversaciones se tenían así en el baño frío como en el caliente.

Más adelante estaba la estufa, que generalmente era circular, rodeada de tres graderías de mármol, en el centro de las cuales había una pila con agua hirviendo, de la cual salía una nube espesa de vapor que llenaba el recinto y se desahogaba por una abertura que había en lo más alto de la bóveda.

Cuando entraba uno en la estufa se ponía en la primera grada, luego en la segunda y después en la tercera para irse acostumbrando por grados á la temperatura de esta última, que á causa de su situación tenía mayor calor que las otras.

Además se calentaban el pavimento, la gradería y á veces los corredores adyacentes á la pieza por medio de hornos subterráneos.

Esta clase de estufas fueron luego substituídas por una gran caldera, de donde salía una columna de aire caliente, cuya fuerza se templaba á voluntad

por medio de una válvula de bronce en forma de escudo que se acomodaba á la parte superior de la caldera y se subía y se bajaba por medio de una cadena.

Al salir de la estufa se entraba en el baño templado para acostumbrarse poco á poco al aire exterior, y las esclavas raían ligeramente la piel de los que se habían bañado con una espátula de marfil, cuya configuración era propia para recorrer los contornos de los músculos y de todas las partes del cuerpo y sacar el sudor.

Después los enjugaban con telas de hilo ó de algodón y los cubrían con una manta de lana muy fina, de largo pelo; llegaban los «epiladores» encargados de cortar las uñas, y por último, los esclavos que les ungían todo el cuerpo con aceites y esencias de olorosa fragancia.

(De lo cual y de todo lo dicho, se infiere que, en punto á baños, estaban mucho mejor las gentes de entonces que las de ahora.

Porque hoy, ni nos raen, ni nos ungen.)

Neptuno.

RECUERDOS

Á mi respetable amigo D. Juan Valero de Fornos

No mirés el mérito literario de este trabajo mío; ved sólo mi intención al escribirlo, pues puse en él toda mi alma y esa la tengo muy noble.

I

En el hombre, la inteligencia es la facultad que le hace superior á todos los demás seres de la creada Naturaleza. El águila, en su gigantesco vuelo, ve la tormenta cernirse debajo de ella, pero quiere elevarse más, le falta aire, y cae desplomada á la tierra de la que nunca debió alejarse. El pez, en el fondo de los mares, distingue la luz del sol á través de las líquidas masas en que existe; mas, si atraído por sus lumínicos rayos sale á la superficie, muere por encontrarse en un ambiente contrario á sus cualidades vitales. El reptil, el cuadrúpedo, las aves, el insecto de más sencillo organismo, todos los seres animados, encuentran siempre una línea que no pueden pasar si no quieren perecer. El hombre es el único ser que, dominando con su inteligencia las imperfecciones de su parte material, manda, valiéndose de aparatos producidos por su trabajo, en la tierra, en el fondo de los mares, en la atmósfera, transmite su voluntad á grandes distancias; y cuando encuentra un límite, en el que su parte corpórea halla barrera infranqueable, la traspasa su espíritu, y en su poderoso vuelo, recorre las regiones del éter y admira los astros que gravitan en el espacio. Al perder el hombre esa facultad, pierde la mayor de sus riquezas, como que desaparece la vida consciente de su espíritu.

Ha tiempo que, impulsado por mi anhelo de ver á los desdichados seres privados de razón y que sólo conservan de humanos su parte física, visité uno de esos palacios de la desgracia llamados manicomios. Harto en verdad me arrepentí de mi deseo. Penosa impresión me produjo la contemplación de los que el vulgo llama locos.

Los había de todas clases: hombres y mujeres, ancianos y niños. Quiénes se figuraban grandes personajes, quiénes se creían víctimas de crueles persecuciones, y quiénes, juzgándose superiores á los demás, hacían caso omiso de todo lo que les rodeaba.

Al visitar las salas reservadas á los llamados «locos tranquilos», el médico del hospital, que galantemente me servía de «cicerone», dijo en el momento de levantar el pestillo de una de las habitaciones:—Fíjese en éste, que es un caso muy curioso.—Y en efecto, distinguí un hombre de alguna edad que, cabalgando sobre una silla, de espaldas á donde nosotros estábamos, exclamó sin darse cuenta de nuestra llegada:

—¡ Batallón..... firmes..... mar.....!

Le llamó el médico, y al vernos lanzó un:—¡ Rom-

pan filas..... mar.....!—y vino á saludarnos cortésmente mientras decía:

—Perdónenme, pero mi deber.... Hemos perdido tantas colonias, y hemos sufrido tantas derrotas, que tenemos que tomar la revancha.....

Cuando nos despedimos de él, dijo el doctor que me acompañaba:

—Este es un pobre desgraciado víctima de su patriotismo. Si quiere, subiremos á mi despacho y le contaré la causa de su locura.

Acepté gustoso su ofrecimiento, pues estaba ya cansado de ver tantas víctimas de la fatalidad; fuimos á su despacho, y allí me contó la siguiente historia.

II

La guerra tocaba á su término. Las derrotas continuas del ejército que acudía en auxilio de la plaza sitiada, y el haberse agotado las provisiones, hacían inútil toda resistencia. El fallo de la victoria del enemigo estaba á punto de dictarse.

La guarnición, diezmada por las enfermedades, sufría resignada y valerosa las penalidades de un asedio, cuyas tristes consecuencias podían preverse desde el principio de la campaña. Las defensas, medio derruidas por el continuo bombardeo, eran impotentes para contener al enemigo, que cada vez estrechaba más el cerco.

El coronel D. Antonio Pereira, que es el loco que acabamos de visitar, estaba encargado de uno de los fuertes avanzados de la plaza que el enemigo no pudo tomar, á pesar de los esfuerzos que hizo, pues siempre se estrelló ante el indomable valor del jefe que lo defendía.

Comprendiendo lo inútil de la resistencia, y habiendo quedado á salvo el honor del ejército, el general que mandaba la ciudad entabló negociaciones con el enemigo, á fin de capitular en las mejores condiciones posibles.

Acordada la entrega, el coronel Pereira recibió la orden de rendirse al enemigo, orden que se negó á cumplir, dando así la primera prueba de enajenación mental. Cuando se apoderaron de su persona con el engaño, y se presentó ante el consejo de guerra que debía juzgarle por su desobediencia, pudo apreciarse que estaba loco.

Poco tiempo después ingresó en este manicomio, en donde se pasa la vida mandando á supuestos soldados y pensando siempre en recuperar lo perdido.

III

Así terminó el médico su relato. Le dí las gracias por sus atenciones al servirme de guía por los confusos pasillos del edificio, y me alejé de aquella casa de salud con la imaginación llena de dolorosas ideas, ocasionadas por lo que acababa de ver.

Cuando alguna vez recuerdo mi visita al hospital de dementes, no puedo menos de preguntarme: ¿ Quiénes son los locos? ¿ Los que están encerrados y piensan en la revancha de las pasadas derrotas, ó los que, sueltos por el mundo, en constantes orgías y fiestas, dan al olvido nuestros sufridos descalabros?

¡ Pobres locos! Tienen momentos de lucidez, en los cuales sus inteligencias brillan más que las de los cuerdos. Son joyas encerradas en un estuche para preservarlas del polvo que las rodea.

JUAN JOSE LOPEZ-SERRANO.

Madrid, Julio, 1900.

Servicios del Cuerpo de Carabineros

Después de la refriega.

El grabado que con el mismo título que encabeza- mos estas líneas ofrecemos á nuestros lectores en el presente número, representa uno de esos episodios tan frecuentes en el sufrido Cuerpo de Carabineros.

Dedicados estos veteranos á la persecución del contrabando, lo mismo en las costas que en las fronteras, vense obligados con frecuencia á sostener luchas muy porfiadas con los contrabandistas, en las que á veces encuentran la muerte.

Sin embargo, arrostran todos los peligros en cumplimiento de su deber, que para ellos es sagrado, sin que nada les intimide ni les haga retroceder.

Es más, cuando á consecuencia de una contusión ó de una herida tienen que retirarse del sitio de la lucha y renunciar á la persecución de los defraudadores de la Hacienda, no lo hacen sin que la contrariedad se refleje en aquellos rostros tostados por la inclemencia de los elementos.

Falstaff y las alegres comadres

Falstaff, nombre inmortalizado en Inglaterra por el genio de Shakespeare, era un personaje tan popular como el mismo Ricardó Corazón de León. Pero Falstaff es el tipo de los truhanes de los tiempos antiguos: libertino, audaz, glotón, grotesco, aunque reputado como caballero, porque calzaba espuela y empuñaba tizona en la corte de Enrique V.

Abandonado por este (del cual era amigo), no encontrando ya en la corte medios suficientes para mantener su *montaña de carne*, epíteto que le daba desdeñosamente el monarca, retiróse á Windsor, dedicado á vivir modestamente, pero también á engañar á quien pudiera.

Escribió dos cartas de amor á dos señoras de la clase media, con el fin de explotar los favores de ambas; pero ellas, que eran amigas, aunque Falstaff lo ignoraba, se enseñaron mutuamente las cartas, y el desdichado quedó sometido á la venganza de las damas ofendidas.

Citólo una de ellas á su casa, acudió Falstaff anheloso, y se encontró con las dos allí reunidas de antemano.

La escena tiene lugar en una azotea, al lado del Támesis.

De pronto grita la que había dado la cita: —¡Mi marido! ¡Qué viene mi marido! ¡Escondéos, Falstaff!

Y éste, azorado, trató de esconderse, pero en la azotea solo había un gran cesto con ropa sucia, allí preparado de antemano, donde el pobre Falstaff se vió obligado á sepultarse, á lo cual le ayudaron alegremente las vengativas damas.

Resuenan en seguida pasos y voces de hombre. ¿Es el marido que llega? No: son los criados de la señora que se acercan al cesto donde Falstaff estaba escondido: levántanlo con trabajo, lo ponen sobre la barandilla de la azotea, y... Falstaff es arrojado al Támesis.

De allí salió milagrosamente, perseguido todavía por las carcajadas de las alegres comadres de Windsor.

Notas bibliográficas

Diccionario Universal de Ciencias, Letras y Artes.—(En publicación)—Madrid.

Hemos recibido los dos primeros cuadernos de un **DICCIONARIO UNIVERSAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES**, que ha empezado á publicarse en Madrid, redactado por eruditos profesores, bajo la dirección de D. Joaquín Coll y Astrell.

Aunque son pocas las treinta y dos páginas, que componen dos cuadernos, para formar concepto de una obra, son, sí, bastantes las del nuevo **DICCIONARIO** para afirmar que no se exagera en el prospecto del mismo, al asegurar que, por la cantidad de voces, será el más completo de los Dictionarios hasta ahora publicados, y por su carácter práctico, una universal enciclopedia de utilidad general en el ejercicio de todas las carreras, oficios y ocupaciones, y en todas las necesidades de la vida.

Con buen criterio se ahorran en esta obra comentarios prolijos y prejuicios innecesarios, defecto de que suelen adolecer muchas de igual índole, y en vez de imponer opiniones propias, se dan, en unos casos, consejos prácticos, sancionados por la ciencia y la experiencia, y en ciertas materias se indican, ya la legislación vigente y jurisprudencia sentada sobre las mismas, ya las fuentes bibliográficas, á donde pueden acudir los que quieran hacer determinados estudios, lo que han de apreciar seguramente los verdaderos eruditos, pues en muchísimos asuntos hallarán un catálogo completo de lo más notable que sobre ellos se ha escrito en España y en el extranjero.

Es, á la vez que un guía para los fines prácticos ó

especulativos, un mentor del hogar, mejor dicho, un verdadero *diccionario de las familias*, en el cual encontrarán éstas compilados todos los preceptos higiénicos que importa conocer á las madres; consideraciones discretas sobre economía doméstica, otras referentes al buen trato social, instrucciones para la confección de labores y recetas muy útiles de repostería y cocina modernas.

La obra se publica por cuadernos semanales de dieciséis páginas, y cada cuaderno cuesta 25 céntimos, calculándose que el importe total de la obra no excederá de 40 á 50 pesetas, con lo cual queda dicho que por el coste es accesible á todas las clases. Se suscribe en las principales librerías de Madrid y provincias, y la suscripción se paga por trimestres vencidos.

Nos dice la casa editora, que á las personas que lo soliciten á la administración, calle de San Bernardo, 7, entresuelo, se les enviará cuadernos de muestra.

*
* *

El segundo cuaderno que acabamos de recibir de la hermosa publicación *Siluetas contemporáneas*, publica las semblanzas de los Sres. Moret, Conde de Lugar Nuevo y Añorga, Marqueses de Comillas y Riestra, Vázquez López de Pablo, Romero, Aguirre y Corbete, Aznar, Tirado y Mirasol.

TEATROS

CIRCO DE COLÓN

Tan grande como merecido es el favor que viene dispensando el público al Circo de Colón, cuya empresa no perdona medio ni sacrificio para ofrecer al espectador los programas más escogidos y selectos.

Los notabilísimos artistas que allí trabajan, son objeto todas las noches de grandes y merecidas ovaciones.

La ya popular condesa X, con sus magníficos leones, es cada vez más admirada; y es seguro no ha de quedar en Madrid quien no vaya á presenciar sus arraigados ejercicios.

Hace pocas noches, celebró su beneficio el graciosísimo Pinta, con un programa tan escogido como todos los suyos.

Fué aplaudidísimo, y nos hizo verdadero derroche de *vis cómica* y de originalidad.

APOLO Y EL DORADO

Son los dos únicos que tienen abiertas sus puertas.

Ofrecen escasas novedades, pues en el cartel del primero figuran una porción de rancias; y en el del segundo, dos ó tres, que como de *verano*, no tienen más pretensión que la de entretener al público.

¿Lo consiguen? Como todo es según el color del cristal con que se mira, hay quien se ríe, y no falta quien se aburre.

PARA EL INVIERNO

Se anuncian muchas obras y muchas novedades, de las que no queremos ocuparnos, porque tratándose de noticias teatrales, hay que ponerlas en cuarentena.

Lo único positivo, es que la Zarzuela y Lara cuentan con elementos para hacer una brillante temporada.

Que así sea, es lo que deseamos.

El presente número de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL está compuesto con la maravillosa

Máquina LINOTYPE

primera que ha funcionado en España.

A LOS SORDOS.—Una señora rica, que ha sido curada de su sordera y de zumbidos de oídos por los tímpanos Artificiales del Instituto Otopático del Doctor Nicholson, ha remitido á este Instituto la suma de 25.000 francos, á fin de que todas las personas sordas que carezcan de recursos para procurarse dichos tímpanos puedan obtenerlos gratuitamente. Dirigirse al Instituto *Nicholson, «Longcott», Gunnersbury, Londres, W. Inglaterra.*

MEMORIAS DE GORON

Hampa de París

Acaba de aparecer este tercer tomo de la sensacional obra del famoso jefe de policía de París.

Traducción de RICARDO VINUESA
Ilustraciones de ROJAS

TRES PESETAS

La Ilustración Nacional

MILICIA, ARTES, INDUSTRIA, MODAS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PENÍNSULA

Trimestre.....	4,50 pesetas.
Semestre.....	9 »
Un año.....	18 »

EXTRANJERO

Semestre.....	12 »
Un año.....	24 »

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.º FRANCK



Contra el **ESTREÑIMIENTO** y sus Consecuencias PARIS, R.º LEROY y todas Farm.º.

THE START

MANUFACTURA DE CARBUJES DE LUJO

DE

ANTONIO NAVARRO

Servicio especial de coches y caballos de lujo gran gala.

Talleres y oficinas: Velázquez, 54.—Teléfono 2.044.

Sucursal: Santo Tomé, 2.—Teléfono 2.424.

Empresa de transportes, comisiones, consignaciones y tránsitos.

Representantes en todas las provincias de España

M ROMERO impresor.—Libertad, 31.—Teléfono 875

Pate Agnel—Amidalina y Glicerina

Este excelente Cosmético blanquea y suaviza la piel y la preserva de cortaduras, irritaciones, picazones, dándole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez, y transparencia á las uñas.

En la Perfumería Central de AGNET, 16, Avenue de l'Opéra, y en las seis Perfumerías sucursales que posee en París, así como en todas las buenas Perfumerías.

Chocolates, Cafés, Tés, Dulces

VIUDA DE CUNILL

Paseo de Areneros, 38.—MADRID

Gaceta Balneológica

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

Esta nueva publicación, editada con gran lujo, aparece los días 15 y 30 de cada mes. Está dedicada exclusivamente á tratar las cuestiones balneológicas, tanto en su aspecto terapéutico como en el industrial.

Temas á desarrollar en esta publicación

Hidrología Médica.—Climatología.—Higiene.—Hidroterapia general.—Mecanoterapia.—Electroterapia.—Establecimientos de Aguas minerales.—Sanatorios.—Playas marítimas.

Y especialmente cuanto se refiere á la

INDUSTRIA BALNEARIA

Se remite un número de muestra á cuantos lo soliciten directamente de la Administración.

Arco de Santa María, 47.—Madrid.

(CASA ESQUINA Á LA CALLE DEL BARQUILLO)

LA HURÍ.—CORSÉS DE LUJO Y económicos.—Alcalá, 4.

ALFOMBRAS, TAPICES. SE HACEN de encargo con toda clase de dibujos. Fábrica real de tapices de Stuyck.

LA CASA EDITORIAL DEL SEÑOR Núñez Samper publica la importante obra religiosa titulada *El cristianismo y sus héroes*, bajo la dirección del Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de Sión.

Va ilustrada con preciosas láminas en fototipia y fotograbado. Está terminado el tomo primero.

LA ESPAÑA MILITAR. GRAN SASTRERÍA de Antonio Mateos, maestro sastre del Real Cuerpo de Alabarderos y escuadrón de Escolta Real. Vergara, 5, principal, frente al Teatro Real.

PRODUCTOS QUÍMICOS FARMACÉUTICOS é industriales. Farmacia de Alvarez Coipel. Barquillo, 1.

CRÉDIT LYONNAIS.—FUNDADO en 1863. Capital, 200 millones de francos, Puerta del Sol, 10.—Cuentas corrientes. Compra y venta de monedas y billetes de Banco, giros y órdenes telegráficas de pago y cartas de crédito sobre todos los países del globo.—Cuentas de depósito.

VENTA DE FONÓGRAFOS MODELOS. Los mejores cilindros canto y música. A. Hugens y Acosta. Barquillo, 3, dup.

CHOCOLATES DE VENANCIO VÁZQUEZ. Bizcochos, galletas y bombones. Clases superiores.

DINERO SOBRE ALHAJAS Y EFECTOS que convengan. Alta tasación. Intereses moderados.—Ventura de la Vega, 11, principal.

Artes gráficas

FOTOGRAFADO, CINCOGRAFÍA, CROMOTIPÍA, etc.

Alfonso Ciarán

Quintana, 34, hotel

MADRID

Tendrá sana, hermosa y fuerte la

BOCA

y no padecerá dolor de muelas el que use elixir

MENTHOLINA

preparado por el Dr. Andreu.

Su uso emblanquece la dentadura, aromatiza el aliento, calma el dolor de muelas y fortifica las encías, evitando las caries y oscilación de los

DIENTES.

BLANCO DUCAL

Con base de glicerina, que suaviza y hermosa el cutis, dándole la frescura y transparencia de los quince años; preparados por la casa DORIN, DE PARIS, para la PERFUMERIA FRERA, especial en bancos y tintes.

1, Carmen, 1.

EL RALLY

Coches de abono por horas y servicios sueltos

TELÉFONO 3.099.—BLASCO DE GARAY, 8

Sala de Armas de Pedro Carbonell

Profesor de S. M. el Rey de Esgrima del Colegio de Sargentos para Oficiales de la Guardia Civil y del Centro del Ejército y de la Armada.

Horas de clase de 8 de la mañana á 8 de la noche.

Príncipe, 16, primero.

LA FAVORITA

Agua higiénica para teñir el CABELLO y la BARBA, la mejor y más barata, sin nitrato de plata ni substancia nociva, según comprueba su análisis. Destinamos 1.000 pesetas al que demuestre que en nuestro preparado existe dicho metal. Evita las enfermedades del cuero cabelludo, contribuyendo á su crecimiento; no mancha la piel ni la ropa. Usase con la mano ó esponjita. Precio del frasco, 3,50 pesetas. Por mayor, en casa del autor M. Macián, Caballero de Gracia, 30 y 32, entre-suelo, Madrid. De venta en las principales perfumerías y peluquerías.—Exportación á provincias.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

A partir del mes de Noviembre de 1899 quedarán organizados en la siguiente forma:

Dos expediciones mensuales á Cuba y Méjico, una del Norte y otra del Mediterráneo.

Una expedición mensual á Centro América.

Una expedición mensual al Río de la Plata.

Una expedición mensual al Brasil con prolongación al Pacífico.

Trece expediciones anuales á Filipinas.

Una expedición mensual á Canarias.

Seis expediciones anuales á Fernando Poo.

156 expediciones anuales entre Cádiz y Tanger con prolongación á Algeciras y Gibraltar.

Las fechas y escalas se anunciarán oportunamente.

Para más informes, acúdase á los Agentes de la Compañía.

Cuantos tengan créditos á cobrar en la capital ó pueblos de la provincia de Guadalajara, dirijanse al importante centro «El Heraldo», Mayor Alta, núm. 15, Guadalajara.

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS

y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo.

EMPLEAR los SALICILATOS de VIVAS PÉREZ

adoptados de R. O. por los Ministerios de Marina y de Guerra.

LOS RECOMIENDAN INDISCUTIBLES AUTORIDADES MÉDICAS

CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON PÍDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS DEL MUNDO

Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción transparente con los nombres del medicamento y del autor.

DROGUERIA Y FARMACIA DE LOS HIJOS DE CARLOS ULZURRUN Esparteros, 9.